

Pugna en primer lugar con el modo de pensar de todos los hombres, incluidos los marxistas, los cuales aprecian en mucho los bienes útiles, aunque hayan costado poco o ningún trabajo, como la perla encontrada al acaso; y por el contrario en nada estiman un objeto menos perfecto, supongamos un reloj de marcha poco precisa, a pesar de que haya supuesto el esfuerzo de muchísimas horas de trabajo. Finalmente no distinguen entre el valor de dos trigos de igual naturaleza, aunque el uno se haya obtenido en una tierra muy fértil y con menos trabajo que el segundo.

Es un error craso suponer que entre los bienes que se cambian deba existir alguna razón de identidad física. Precisamente el móvil que induce a verificar el cambio reside de ordinario en su total relativa diversidad. Si las cualidades y las utilidades que yo aprecio en ambos objetos son idénticos, no verificaré nunca el cambio de uno por otro. Así no se cambia un instrumento por otro idéntico o un kilo de trigo de mi saco por un kilo de trigo del saco del vecino.

Marx llevado de su empeño por encontrar esa base que permite el cambio, no para hasta encontrarla en el trabajo. Si yo cambio este objeto por aquel, es porque encuentro que el trabajo de producción o de reproducción de ambos es idéntico. Difícil hallar esta identidad para la mayor parte de los hombres, por no decir que es algo totalmente irrealizable.

La capacidad de cambio de un objeto se constituye principalmente por la aptitud que tiene para satisfacer nuestras necesidades. Esta aptitud va unida, evidentemente, a su abundancia o escasez y también a la dificultad de su reproducción.

El valor de cambio de un objeto cualquiera lo constituyen precisamente todos los demás objetos contra los cuales puede cambiarse.

Es, asimismo, una afirmación gratuita el poner precisamente en el trabajo el elemento de coincidencia de los objetos cambiables.

Aun admitiendo que el trabajo del obrero durante doce horas produce doce unidades de valor, ¿quién puede probar que sean seis o siete, o las que a cada uno se le ocurran, el número de horas necesarias para producir lo que el obrero consume en dicha jornada?

Es cierto, tomado en su conjunto, el fenómeno que señala Carlos Marx y que podemos enunciar diciendo que la actividad humana aumenta cada año el número de bienes útiles; hecho que se confirma por la cantidad anual de renta nacional que asciende de ordinario en épocas de paz en todos los estados a valores enormes. Pero ha de tenerse en cuenta que a la producción de tales bienes contribuye no menos que el esfuerzo de los trabajadores, tanto del músculo como del cerebro, las fuerzas naturales, así como el trabajo acumulado por generaciones anteriores en forma de instrumentos y máquinas que multiplican la producción.

Por ello, reconoce juiciosamente Carlos Marx que el obrero, aun convencido de esa explotación, se decide a aceptarla, faltaría como está de los capitales que le son necesarios para producir con su trabajo esas numerosas unidades de valor.

No se evitaría esta situación suprimiendo, como quiere Marx, la propiedad privada de los instrumentos de producción. El nuevo propietario, sea el que sea, y llámese Comunidad o Estado, sería el nuevo tirano a cuyo favor continuaría sacrificando el obrero, según la tesis marxista, esa plus-valía creada por su trabajo.

Siguiendo el razonamiento marxista, los capitalistas deberían procurar sustituir las máquinas por obreros, que son los que les llenan sus bolsillos de plus-valía. Pero la experiencia dice que este es el mejor procedimiento de llevar un negocio a su quiebra. Y de ordinario las industrias más prósperas son las más mecanizadas. ¿Por qué será? Marx no tiene respuesta a esta pregunta.

Uida Sencilla

Eduardo Ritter Aislán (Poeta Panameño).

"Un día puro, alegre, libre quiero".

Fray Luis de León

Quiero sentir vibrar en cada hora
las cuerdas del amor empurpuradas
con púrpuras ardientes de alboradas
que un sol eterno resucita y dora.

Quiero el milagro de la paz que aflora
en la esencia de flores invioladas,
la voz de las esquillas apagadas
por el frescor naciente de la aurora.

Quiero también las simples armonías
que perfuman los surcos doloridos,
el éxtasis febril de una promesa,

el hirviente raudal de fantasías
que despunta en los prados florecidos
y la fe en Dios que el corazón profesa.